

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON DE FLORES

SOBRE LA PROTECCION DE MARÍA.

(Conclusion.)

Es preciso que Jesucristo reine en la sociedad. Sino queremos su reinado de amor, tendremos que sufrir el yugo de su justicia. Porque nadie puede sustraerse á su dominacion, nadie, ni los altos ni los humildes, ni los reyes, ni los vasallos, ni los pueblos, ni las naciones. ¿Queremos á Jesucristo, rey amoroso y paternal de los hombres y de los pueblos? Venga, venga su reinado á nosotros, y sea él nuestro Maestro, nuestro Rey y nuestro Padre. Pero no vendrá, sino por medio de María, porque si Jesucristo vino al mundo para salvar al mundo, y vino por María, este orden no se ha mudado, y la Virgen es hoy como ayer el único camino pero ca-

mino sembrado de flores para llegar hasta su Hijo, y encontrar la verdad en el foco de toda verdad, la vida en la fuente de toda vida, y la gracia en el Océano de todas las gracias. La sociedad no puede vivir sino por virtud del mismo poder que le dió el sér y vida. Si Dios que hizo de la nada el mundo fisico con todas sus maravillas, no le conservara en su sér, órden y belleza, el mundo no podría subsistir; desde el instante en que le faltase el apoyo de su Autor soberano, perecería, volviendo á los abismos de la nada. ¿Qué es la conservacion del mundo fisico sino una creacion continuada? Pues aplicad esta doctrina al mundo moral, y vereis como el mundo de las almas redimido por Cristo no puede vivir sin Cristo que es su autor y conservador. Este mundo redimido

por la Sangre del Hijo y los dolores de la Madre, estas naciones civilizadas por la Cruz, esta Europa salvada y engrandecida por el Evangelio volverá á los horrores de la barbárie sino se arroja en los brazos de la Iglesia, sino hace pedazos el yugo ominoso del liberalismo, y se abraza con la gloriosa enseña de la Cruz, señal infalible de salud, y de fuente de vida.

El mundo cristiano no es otra cosa que la continuacion admirable de la Encarnacion del Hijo de Dios en el seno virginal de María. La tierra no puede vivir sin el cielo; los pueblos no pueden vivir sin fé, las naciones no pueden tener paz sin el Evangelio, las sociedades no pueden existir sin orden, sin justicia, sin autoridad paternalmente ejercida, sin obediencia de buen grado prestada, y los hechos están demostrando con abrumadora y terrible elocuencia, sino lo demostrara la ciencia cristiana; la discordia y la anarquía, las tiranías de abajo y los despotismos de arriba, las codicias insaciables y las ambiciones insolentes, el cinismo del vicio y la impunidad del crimen, todos estos males engendrados por doctrinas inmundas están demostrando que no puede haber en las naciones orden, ni

justicia, ni autoridad respetada, ni obediencia debida, ni virtudes sociales, ni dichas, ni prosperidades, porque está escrito: la justicia engrandece á los pueblos; el pecado los hace viles y desgraciados. Poned los ojos en nuestra pátria, hojead su historia y vereis confirmada esta verdad. Porque vereis que nuestra nacion brotó de la semilla de la fé católica, sembrada por Santiago, fecundada por Jesucristo, Sol de los pueblos y cultivada por María, nuestra Madre. España informada por el espíritu católico creció en los brazos de la Iglesia y se hizo grande, robusta y gloriosa, descollando por sus grandezas entre todas las naciones bautizadas que asistian y servian á nuestra pátria como damas de honor en torno de su reina. Por la mágica virtud de esa fé ardiente y de esa devocion sublime obró maravillas de heroismo y alcanzó glorias inmortales. Unidos sus hijos por los vínculos de una misma fé, inflamados por el doble fuego del amor á Dios y del amor á la pátria, conducidos por la Cruz y amparados por María se coronaron de laureles en las batallas y llegaron al apogeo de la civilizacion en las ciencias y en las artes, en las leyes y en las costumbres, en los sacrificios y en las

santidades, en las grandezas del espíritu y en las prosperidades materiales.

Porque como nuestros padres buscaban en todas sus empresas el reino de Dios, todo lo demás se les daba como añadidura, como recompensa material de sus virtudes cristianas, garantía á su vez y dichoso preludio de los premios eternos reservados á la fé viva, y al celo ardoroso por la gloria de Cristo y la propagacion de su reino.

Fijad ahora vuestra mirada en el estado de nuestra pátria, y decidme: ¿Quién ha volcado su trono de reina universal, y hecho girones el manto régio de la que fué por su grandeza la princesa de las naciones? ¿Quién ha cometido el crimen de arrastrarla á una rebelion insensata contra Dios y contra su Cristo? ¿Quién ha pervertido la inteligencia y corrompido el corazon de una gran parte de sus hijos? ¿Quién ha depravado las costumbres, prostituido el santuario de la familia, y paganizado la vida social de nuestra infortunada pátria? ¿Quién es el autor de tamaña iniquidad, y la causa eficiente de tan grandes infortunios? Todos lo sabeis: el liberalismo impio y heretical ese es el moderno dragon, cabeza, fuente y raiz de todas las here-

gias, de todos los vicios, de todas las perversiones, de todas desventuras que sufre nuestra pátria asi como de todas las corrupciones que envilecen á los pueblos, y roban á las familias el fruto de su trabajo, á los corazones la honradez, á las inteligencias la verdad y á las almas el tesoro de las virtudes cristianas.

Hay necesidad de luchar hasta la muerte contra el jurado enemigo de nuestra fé y de nuestra dicha. Luchemos, pues, legítimamente, valerosamente, si queremos ver á nuestra pátria libre de la miseria y de la deshonra; luchemos, si queremos salvarnos, á la sombra de la Cruz, con la vista fija en el cielo, llevando en el corazon el amor á Jesucristo, nuestro Salvador, y en los lábios el nombre dulcísimo de Maria, Madre del Salvador, y de los que quieran salvarse.

Sí, lucharemos, Madre mia, bajo vuestra proteccion, y vos nos dareis la victoria, porque sois la madre del amor hermoso y de la santa esperanza, luz y fortaleza de los que pelean santas batallas para alcanzar coronas eternas. Aplastad, una vez mas, con vuestro pié virginal la cabeza de este moderno dragon, que envilece y tiraniza á vuestra *Hija predilecta*, que os roba las almas, nacidas

de vuestro corazón desgarrado al pie de la Cruz. Dadnos aliento, valor y decisiones animosas para conservar íntegra y pura nuestra fé y nuestra virtud en medio de las lides peligrosas de nuestro tiempo; protejednos ahora contra nuestros implacables enemigos, y salvadnos en la hora de nuestra muerte, Amen.

Z. M.

 VARIEDADES Y NOTICIAS.

 UN NIDO VIAJERO.

En la línea del camino de hierro del Norte, en Francia, al examinar un wagon de tercera clase, que hacía largo tiempo estaba fuera de servicio, se vió que un pajarillo, un pitirrojo, había construido su nido, en el que se veían cinco huevecillos, muy cerca de uno de los muelles. Como el wagon se hallaba aún en buen estado, aquel mismo día formó parte de un tren de mercancías que recorrió un trayecto de cincuenta kilómetros próximamente, se detuvo treinta y seis horas en el punto de su destino, é hizo por último diferentes expediciones, antes de volver a la estación de que partiera.

El wagon había estado pues en marcha cuatro días, con cuatro noches, y sin embargo el nido no fué abandonado, al menos por la madre, durante este tiempo; porque á su regreso, en lugar de los cinco huevos, se hallaron en él cinco pajarillos.

Conmovidó por este rasgo de amor maternal, el jefe de estacion mandó que el wagon fuera separado del tren y puesto en lugar tranquilo: él mismo iba decuando en cuando á visitar aquella familia interesante, y veía, con un vivo placer, al padre y á la madre llevar el alimento á los pequeñuelos; y no permitió que el wagon fuera utilizado, hasta que pasados algunos días éstos tomaron el vuelo.

El conductor del tren de que el wagon había formado parte, y que ignoraba todos estos detalles, refirió despues, que durante el viaje había visto salir con gran sorpresa, en todas las estaciones un pitirrojo de uno de los coches, para volver inmediatamente á el, y volar de nuevo en la primera parada; sin que la velocidad y el ruido del convoy parecieran inquietarle en lo mas mínimo. Era que el amor maternal le hacía afrontar todos los peligros. Los pequeñuelos tenían necesidad de calor, de abrigo y de alimento y se los procuraba á través de los espacios desconocidos, sin que la detuviera ningun obstáculo!

———

Prodigio.—Por un telegrama recibido de Londres, procedente de Nueva-York, sobre las recientes inundaciones de Pennsylvania, transcribamos el siguiente hecho, que bien puede considerarse milagroso. La Madre Superiora de un Convento católico en Johnstown, viendo que las aguas penetraban en el edificio, se refugió con las religiosas en la capilla para encomendarse á Dios. Todo el Convento fué destruido por las aguas, excepto la capilla, salvándose todas las religiosas de la espantosa catástrofe, que

solamente en dicha ciudad ha causado 3 000 víctimas.

— — —

Conversiones.— La señorita Descler, de Nueva-York, se ha convertido al catolicismo y ha entrado en un monasterio. Es una de las mas ricas de aquella ciudad.

—Mister Guillermo Patherans, Magistrado del Tribunal de Casacion de Calcuta, célebre por sus conocimientos jurídicos tanto en Inglaterra como en la India, se ha convertido al catolicismo.

—Varios Capellanes militares y Hermanas de la Caridad que sirven en los hospitales, han sidos distinguidos por el Presidente de la República francesa con cruces de la Legion de Honor.

—El Principe de Croy, que pertenece á la mas señalada aristocracia prusiana y oficial de la Guardia, entrará dentro de poco en un convento de Alemania.

— — —

RECUERDOS DE UN ALSACIANO.

LOS VECINOS DEL LAGO.

(Continuacion.)

El reconocimiento se hacia en una sala muy larga, con tres ó cuatro ventanas cerca del techo, que hay entrando, á la derecha del cuarto del conserje. Allí estaban los dos médicos vestidos de uniforme: el uno era un viejecito, bajo, reconcho, con ojos pequeños y vivos, y la nariz roja; el otro un jóven pálido, con grandes mechas que le llegaban hasta los hombros, y las manos largas y descarnadas. Habia tambien dos ó tres gendarmes, y gran número de conscriptos, que iban pasando

por turno. Unos reian y bromeaban, otros estaban desencajados como si fueran á morir; algunos juraban tener todas las enfermedades... Esto sucede siempre en tales casos.

Cuando le llegó la vez á Christian, el médico viejecito quedó admirado.

—Mirad Dauchez! exclamó dirigiéndose al otro. Aquí teneis, lo que se llama un hombre sólidamente constituido... ¡Qué espaldas! ¡qué brazos!... ¡Hacéos cargo, Dauchez, hacéos cargo!...

Se extasiaba como el artista que tiene delante de sus ojos una obra maestra.

—¿Vendreis de la montaña, jóven, preguntó á Christian, no es verdad?... Y sin esperar la respuesta, añadió:

—Ya os lo he dicho muchas veces, Dauchez: nada tan favorable al desarrollo, como la vida higiénica de las montañas. Vos deberiais sin duda... Ah! si el Emperador tuviera, nada mas, cien mil hombres como éste!...

Hablaba y gesticulaba con una rapidez y una volubilidad sorprendentes, mirándolo todo al mismo tiempo.

Christian estaba callado y grave; pero Samuel no podia permanecer tranquilo un solo instante, y desahogaba su cólera, murmurando en voz baja palabras inconexas.

—¡Cien mil hombres como él!... ¡eh?... decia con aire de despecho, mirando á los dos médicos de reojo. Cien mil uno, seria mejor... Asi podria Christian seguir llevando la vida higiénica de las montañas.. y Edith no tendria que esperar tanto tiempo...

Y, en este tono; otras cosas muchas inconvenientes aún; porque su irritacion era cada vez mayor.

Por fortuna, el gendarme Klein estaba lejos y no podía oírlo, y en aquella confusión nadie se ocupaba de lo que pensaban ó decían los otros.

Que mas os dire?... Al día siguiente partió Christian con otros muchos para Strasbourg, donde se reunían los conscriptos de todo el departamento, y Samuel y yo emprendimos de nuevo el camino de la montaña.

Ya podeis figuraros cuan dolorosos serían los primeros momentos, despues de nuestra llegada, y cuan tristes tambien los días que la siguieron.

A las dos ó tres semanas, se recibió una carta de Christian: estaba en Strasburgo. Luego otra; habia llegado á Maguncia: luego á Francfort ... despues nada. Los días pasaban, y nadie nos daba razon de Christian. A veces venia alguno de Gerardmer ó de Schlestadt y nos decia: El ejército está en Vilna.... Hemos tomado á Smolensk.... pero nada mas. De esta manera paso todo el verano.

A principios de Setiembre, yo propuse á Samuel que fuéramos á Gerardmer en busca de noticias.

Marchamos en efecto una mañana, y nos dirigimos á la hosteria del *Dragon rojo*. Había allí mucha gente; porque era día de mercado: soldados schilitter, boyeros, leñadores, mercaderes ambulantes.... todos entraban y salían, se sentaban un momento á beber un jarro de cerveza, ó tomaban de pie un pequeño vaso de aguardiente de ciruelas de *Kirch*, y cada uno tenia alguna noticia que referir:

«Ha habido una gran batalla, y los rusos han sido derrotados: les hemos co-

gido toda la artillería.... El Emperador esta cerca de Moscou.... Ván á llamar á todos los hombres útiles para cubrir las bajas: hasta los guarda bosques tendrán que danzar esta vez.... El Mariscal Víctor ha pasado por Strasbourg, hace quince días.... Hablan de un armisticio.... Se ván á convertir en hospitales para los heridos, los edificios públicos de las poblaciones que hay en la línea del Rhin.... Están requisando los bueyes, en toda la Alsacia, para los convoyes.... El Gobernador de Phalsourg ha mandado poner la plaza en estado de defensa.... La campaña se suspende hasta la primavera.

Como no volverse loco? Lo que unos afirmaban quedaba pronto desmentido por otros: y lo peor era que nadie sabía una palabra de los conscriptos. Hubimos pues de volvernos, sin poder adquirir noticias acerca de la suerte de Christian; y así estuvimos mucho tiempo.

Entre tanto, el invierno habia comenzado con un rigor extraordinario; y todo iba tomando, poco á poco, el aspecto triste y desolado que ofrecen aún los sitios mas pintorescos, durante la época de los grandes frios. Samuel, antes tan alegre y bullicioso, estaba cada día mas callado y mas sombrío. A veces, cuando alguna cosa le traían con mas fuerza á la memoria el recuerdo de Christian, se encolezaba contra los príncipes y los generales, y hasta contra el mismo Emperador, que no pensaba mas que en guerras y en batallas; pero pronto volvía á caer de nuevo en su mudo y terrible abatimiento; y pasaban días y días sin que apenas se le oyera una sola palabra. Su pobre mu-

jer hacia esfuerzos sobrehumanos para animarlo, ocultándole su dolor y sus lágrimas, pero nada podía conseguir. La única que lograba sacarlo por un momento de su postración, era la madre Gretchen, cuando iba á pasar un rato á la granja con Edith.

Sí, la buena madre Gretchen era en verdad la que los sostenía á todos; y eso que ella como Edith tenían que ofrecer á Dios por entonces, otros sufrimientos y otros dolores.

Un día, Zulpik se presentó de improviso en la cabaña de Gretchen. Había desaparecido también inesperadamente de los alrededores del lago, poco antes de la partida de Christian; porque hacía así todas las cosas, y nadie extrañaba verlo llegar ó ausentarse de este modo. Pero como sus visitas eran siempre de mal agüero, Edith al verlo se puso á temblar, y Gretchen levantó los ojos al cielo, juntando instintivamente sus manos; como si implorara un auxilio que solo Dios le podía dar.

—Y bien, madre Gretchen, dijo bruscamente Zulpik, sentándose al mismo tiempo sin saludar, héme aquí ya: supongo no habreis olvidado?... Estamos á fines de Noviembre, y antes de un mes...

—Sí, Zulpik, le interrumpió con voz humilde Gretchen; ya lo sé, antes de la fiesta de Navidad, tengo que entregaros el resto de la suma que prestásteis á mi pobre Kattel.—Dios la tenga con sus ángeles!...—Pero ya veis Zulpik cuan terrible ha sido el año para los pobres: las cosechas se han perdido; una de nuestras vacas ha muerto en la última semana; y el invierno se presenta...

—Los tiempos son duros para todos, madre Gretchen, exclamó con rudeza Zulpik, sin dejarla concluir. Por eso necesito mi dinero, y no esperaré ya más. Os queda aún la otra vaca, y con su precio podeis pagarme. Avisaré si quereis á Griffard el carnicero, que os la comprará seguramente.

—Por Dios Zulpik, tened un poco de paciencia! Cómo pasaremos el invierno si nos quitais la vaca?... Mirad venderemos las patatas que habiamos guardado para mantenernos; venderemos la poca ropa que hay aún del padre de Edith.. lo venderemos todo; y con eso os pagaremos parte de la deuda.... Además, Edith y yo trabajaremos; haremos si es preciso día y noche. Dios nos ayudará, para que podamos entregaros mas adelante el resto; pero dejadnos nuestra vaca!

—No, no es posible. He esperado ya bastante: no quiero esperar mas tiempo.

—Dios mío! Zulpik, exclamó Edith, pálida y temblorosa, tened piedad de mi abuela! No, vos no podeis querer que vaya de puerta en puerta, mendigando en medio del invierno...

—De tí dependerá, dijo Zulpik, cambiando de pronto de tono, y mirándola fijamente.

—De mí?...

—Sí; de tí sola. Tú puedes hacer que tu abuela viva sin cuidado hasta el fin de sus días... Escucha, añadió despues de vacilar un instante, hace mucho tiempo queria decirte lo que ahora te diré... pero entonces habia otro...

Edith se tapó, al oír esto, la cara con las manos.

—Por Dios Zulpik! gimió Gretchen, agitada por un triste presentimiento, por Dios!...

—Déjame! prosiguió Zulpik. Vale mas que lo diga todo de una vez!... Escúchame Edith, olvidaré la deuda, tu abuela no carecerá de nada... y tú llevarás trajes como no se han visto aún en la comarca: todas las jóvenes te mirarán con envidia... porque soy rico, lo oyes?... Soy rico y puedo comprarlos á la que sea mi mujer....

—Por qué me hablais así, Zulpik? dijo dulcemente Edith, con el rostro encendido. Acaso no sabeis?...

—El qué?... Christian?... Sí, ya sé; eso era antes... pero ahora!

—Ahora, como antes, Zulpik!...

—Christian no volverá! interrumpió éste con acento de ódio... los muertos no vuelven!...

Edith dió un grito!

—Dios mio! Dios mio! exclamó... Que decis Zulpik? Christian!.. Christian muerto!... Pero, donde?... cuando? Contádmelo todo! Oh! quiero saberlo todo!...

Y prorrumpió en sollozos.

—Nada sé, dijo lentamente Zulpik, con aire sombrío... No; solo se que los muertos no vuelven!... Christian no volverá!...

Hubo un momento de silencio, turbado solo por los sollozos de Edith, y por los suspiros de la madre Gretchen, que murmuraba en voz baja una plegaria.

—Te empeñarás en esperar lo aún? preguntó al cabo de un rato Zulpik.

Edith no respondió.

—Dejadla Zulpik, por Dios! gimió Gretchen, no veis...

—Nó, quiero que me conteste: quiero saber si me desprecia, por esperar...

—Esperaré siempre! contestó Edith con voz que ahogaban las lágrimas.

—Es decir que me rechazas?... que me desprecias?... rugió Zulpik, levantándose con violencia, y dirigiéndose hácia ella.

—Por Dios! gimió de nuevo Gretchen, juntando las manos en ademán suplicante, idos Zulpik: por Dios!... ya hablaremos de esto otro día...

—Sí... teneis razon, dijo Zulpik, recobrando en un momento toda su sangre fria, con una calma mil veces mas espantosa que su cólera. Otro día hablaremos de todo esto... Tal vez Edith cambiará de parecer... Pero, no olvidéis que estamos á primeros de Noviembre, y el invierno se presenta duro... para pedir limosna, como para lo demas... Sí; volveré, añadió con aire siniestro: solo los muertos no vuelven!...

Y, al decir esto, Zulpik salió de la baña. Sus últimas palabras se oyeron á través de la puerta, que acababa de cerrar con estrépito.

Hasta mucho tiempo despues, no supe yo nada de esta escena, ni de otras mas violentas aún, que la siguieron; porque Gretchen y Edith eran tan buenas, que ocultaban á todos los tormentos que les hacia sufrir aquel miserable.

(Se Continuará.)

